

Desde La Habana habla Eliseo Diego, Premio Juan Rulfo 1993

"San Quetzacoatl me tiene simpatía"

Orlando Castellanos
(LA HABANA)

"De mis 75 años, no sé cuántos, más de 60 quizá, después de que sé de mi salud, me he dedicado a esta experiencia humana que se llama la poesía", dice Eliseo Diego, en La Habana, antes de partir a la Feria de Guadalajara donde el sábado recibirá el Premio Juan Rulfo en su tercera versión.

«Me lo informaron los mexicanos, que son muy corteses, y me preguntaron si yo aceptaba. Me paré al colmo de la montaña. Les dije: 'cómo voy a aceptar. Lo hago con orgullo y con gusto'. Miles de cosas se me vinieron a la cabeza en ese momento, pero creo que la alegría principal fue recibir ese premio del pueblo de México, porque le tengo un cariño de verdad, que viene de las veces que he estado allí. Los quiero y los admiro. Yo soy un hombre de creencias religiosas, siempre lo he sido y creo que San Quetzacoatl me tiene simpatía, porque cada vez que voy allí me siento de lo más bien. Yo padecí de depresiones muy profundas y cuando llegué a ese país se esfumaron. Los dioses de aquella tierra me quieren. Además, el hecho mismo de haber creado el Premio Juan Rulfo habla muy alto del pueblo mexicano, porque es el único premio de importancia internacional que es otorgado en nuestra América. Esa es otra razón para que me sienta tan feliz de haberlo recibido».

«¿Siguió alguna vez esa sensación de haber caído en las 'oscuras ruinas del olvido', parafraseando el título de uno de sus libros?»

«En fue el título de mi primer libro y era un verso de don Francisco de Quevedo que dice: 'apenas se deslinda la oscuridad de las ruinas en ruinas del olvido'. En cuanto a mí, con sinceridad, nunca me he sentido así, digamos, realmente olvidado, dejado de la

mano de los demás. Siempre los jóvenes se han acercado a mí, nunca he tenido problemas generacionales.

«Los muchachos viajeros y vienen a mí, me enseñan sus trabajos, hablan conmigo de igual a igual, siempre debo contrar que tomen sus tiempos que yo no me explico».

«No estará viendo pagés en el ojo ajeno?»

«Creo que tiene un poco de razón. Por ejemplo, nunca fui a ver a Juan Ramón Jiménez, que era amigo personal de Carlos Vilar, quien era entonces, cuando Juan Ramón vino a Cuba, un muchacho igual que yo. Pero no me atreví a ir a molestarlo. Ahora no puedo quejarme de que los muchachos sean tímidos... lo que pasa es que yo me siento Juan Ramón. Si yo me sintiera él, o Pablo Neruda, o un animal sagrado, entonces sí no me extrañaría nada, lo concentraría natural. Pero como yo soy un tipo más o menos sencillo, me extraña. No me siento un loro alado. Me siento un pobre caballo

criollo, tosco».

«¿Usted ha logrado que se le admire...»

«Yo sé que me admiran, pero eso no significa tanto para mí como el hecho de que me quieren por lo que yo he hecho, porque eso significa que ha sido útil. En Cuba existieron Talleres Literarios, después por toda la isla, oriéndose una organización entre muy joven. Ha sido invitado a esos talleres, tengo métodos sobre: ensa, muy sencillos. Muchas veces, esos muchachos con distintas palabras, en distintas ocasiones, me han dicho lo mismo, algo que me ha conmovido: 'lo que usted ha escrito me ha ayudado a vivir, no a escribir, sino a vivir'. Y eso es un premio muy grande y es la justificación del trabajo de toda mi vida».

«¿Conoció a Juan Rulfo?»

«Por desgracia, no. Nunca

Bogotá a encontrarme con él. Yo fui a México y lo conocí. Padimos habernos encontrado, pero nos desentendimos, esas cosas de la vida. Yo lo conocí, naturalmente, a través

de sus libros y es un orgullo para mí el que este premio que me han conferido lleve su nombre. Yo lo admiré mucho. Tenía genio, macera, dominio del oficio como para haber fabricado veinte o más novelas. El fue, como yo lo vi, un hombre de una integridad abieles y no se permitía escribir más que aquello de lo que tenía total absoluta de escribir. Entonces mi simpatía mucho, porque lo que más admiro en un escritor es su condición humana. Y la de Juan Rulfo, realmente, era de una altura, de una pureza, muy grandes. No sabe cuánto tiempo no haberlo conocido. Tengo entendido que era un gran luchador y escritor, eso me hubiera gustado, porque yo también tiendo al interior y al entusiasmo. Quería sus habilitaciones pasado una hora sembrando una semilla de café sin decirme una palabra el uno al otro. Pero, que sé yo, hubiera sido para mí un gran gusto haber podido estrechar su mano. "En la casa de mi padre hay muchas moradas",

dicen los Evangelios. Qué bonita que, en alguna de esas moradas pueda yo encontrarme con Juan Rulfo y tomar una copa con él, que será la copa más exquisita del mundo, una copa hecha en el Paraiso».

«El primero en obtener el Premio Juan Rulfo fue el poeta chileno Nicanor Parra. El segundo, Juan José Arreola, a quien sé que no conoce. ¿A Parra sí?»

«A Nicanor sí lo conozco. Parra era un muchacho algo que me entiendo, alguien que nos encontramos casualmente, en una tienda de discos y no lo reconocí. Hasta muchos años después habíamos conocido como jurado al Premio Casa de las Américas. Yo me lo reconocí un día, me saludó un poquito, después él pasó que yo lo saludaba con indiferencia, pero no hay tal. Fue un momento de turbación. Le tengo aprecio a Nicanor como persona y como poeta... lamenta esa situación».

«¿Usted ha dicho que le importa la comunicación en la poesía...»

«Sí y estoy haciendo un pequeño trabajo que le hablo de estas cosas. Pienso que un poema es un acto de creación a dos el que lo hace y quien lo lee. El poema no alcanza su integridad, no ya su perfección, sino su integridad, hasta que alguien lo recree. De manera que, en el poemático, hacer lo indispensable para que el otro haga su recreación de lo que dice. Si hay de eso, no podrá hacer nada. Si hay de más, no podrá que hacer nada, de manera que es una línea de equilibrio frágil, momentánea que está expuesta y lo que se quiere. Pero, para mí, la poesía es, ante todo, el acto de sugerir».

El sábado último, en la Feria de Guadalajara y ante Gabriel García Márquez y Juan José Arreola, el Presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, entregó el galardón al poeta cubano nacido en 1920. El jurado que le asignó el premio reconoció en él "una visión íntima de lo cotidiano, una trascendencia universal y una dedicación permanente a la creación".

Eliseo Diego, desde La Habana, habla de creación, de timidez, de trascendencia y de comunicación.



La Nación, Lunes 29 de Noviembre de 1993

"San Quetzacoatl me tiene simpatía" [artículo] Orlando Castellanos.

AUTORÍA

Diego, Eliseo, 1920-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"San Quetzacoatl me tiene simpatía" [artículo] Orlando Castellanos. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile